

Del positivismo a la nueva historia

Jaime Olveda
El Colegio de Jalisco

Es normal que al final del siglo los historiadores nos preguntemos si la Historia ha progresado en el transcurso de estos últimos cien años, o sea, si se ha logrado avanzar en la interpretación del pasado. Si así es, ¿en qué consisten esos adelantos? Los impulsos que ha logrado nuestra disciplina en esta centuria han sido verdaderamente trascendentales. Durante este tiempo se pasó de una concepción positivista o, lo que es lo mismo, de un relato político-biográfico-institucional a uno global o total, entendido esto no como el esfuerzo de contemplar todos los acontecimientos, sino como el intento de relacionar un aspecto histórico con los demás.

En Europa, pero particularmente en Francia, a partir de la década de los treinta comenzaron a difundirse las primeras innovaciones que fueron poniendo fin a la explicación y a la escritura de la historia tradicional, heredada del siglo anterior. Esas aportaciones, obra exclusiva de historiadores y no de filósofos,¹ fueron el resultado de las reflexiones que se hicieron sobre el objeto de estudio, los métodos y las relaciones que deben existir entre las diferentes disciplinas científicas.

Tal y como puede apreciarse en la historiografía mexicana de principios de siglo, los estudios históricos se ocuparon fundamentalmente de la política, pero sin establecer un vínculo con los demás aspectos de la realidad. Los autores de entonces, conforme a la idea que tenían de la historia, no hicieron ningún intento por entender y comprender lo político a partir del análisis de

1. Tradicionalmente la historiografía francesa ha desconfiado de la filosofía. Sonia Corcuera de Mancera, *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*. México: FCE, 1997, p. 163.

los factores económicos y sociales. Esto se debió, en parte, a la débil relación que había entonces entre esta disciplina con las demás, y al desprecio que sintieron hacia los modelos explicativos que proporcionaban las ciencias sociales, y viceversa. Al mediar la centuria, los historiadores comenzaron a recurrir con mayor frecuencia a los métodos propuestos por las ciencias afines, y los estudiosos de éstas a apoyarse en las perspectivas históricas. De esta manera, se fueron alejando de la simple descripción de los hechos para introducirse en el análisis y en la explicación de los mismos, por un lado, y en la búsqueda de lo general o lo recurrente, por el otro.

En este tránsito, la escuela francesa, representada por Lucien Febvre y Marc Bloch, hizo aportaciones sustanciales. Quienes formaron parte de esta escuela fueron miembros de una generación inconforme con las deficiencias metodológicas de sus antecesores y con la forma de escribir la historia. Con mucho entusiasmo se inclinaron a favor de “una historia más amplia y más humana”, que incluyera todas las actividades realizadas por el hombre y que se preocupara por el análisis de las estructuras. Febvre y Bloch fueron los promotores principales de que los historiadores se acercaran a las disciplinas análogas a la historia, y de que se creara “un mercado común de las ciencias sociales”.² Gracias a estas contribuciones, la investigación histórica y las condiciones que la rodeaban sufrieron modificaciones de fondo. Quizá haya quien pueda restarle importancia a la influencia que ejerció esta corriente en la orientación de los estudios que se refieren al pasado humano, pero su influjo es por demás evidente.

El siglo XX no sólo fue rico en cuanto a la aparición de métodos que propusieron nuevas formas para aproximarse al objeto de estudio, sino en reflexiones acerca de la mejor manera de escribir la historia. En este sentido, Hayden White hizo notar que las obras históricas tienen una estructura verbal que combina

cierta cantidad de ‘datos’ y conceptos teóricos para ‘explicar’ esos datos, y una estructura narrativa para presentarlos como

2. Peter Burke. *Historia y teoría social*. México: Instituto Mora, 1997, pp. 26-27.

3. *Metahistoria*. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX. México: FCE, 1992, p. 9.
4. Alvaro Matute Aguirre, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo*, (1911-1935). México: FCE, 1999, p. 15.
5. Entre otros, destacan los trabajos de Sergio de la Peña, *La formación del capitalismo en México*. México: Siglo XXI, y los de Enrique Semo, *Historia mexicana. Economía y luchas de clases*. México: Fra, 1978.
6. Concepto acuñado por P. Nora y E. Le Roy, *La nueva historia*. Bilbao: Ediciones Mensajero, s.a., p. 475.

la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados.³

Durante el transcurso del siglo XX cuando menos pueden identificarse cuatro teorías que predominaron y orientaron los estudios históricos, a saber: el positivismo, el historicismo, el marxismo, y la nueva historia, las cuales tuvieron sus propios defensores.⁴ En la primera parte de la centuria, la corriente filosófica de Augusto Comte fue la que encauzó a los historiadores y la que guió a los diseñadores de los programas de estudios de los distintos niveles escolares. En las siguientes décadas, los planteamientos historicistas y marxistas se pusieron de moda,⁵ y marcaron la pauta de las investigaciones.

Podemos añadir también que en esta centuria que está a punto de concluir, "el territorio del historiador" se amplió considerablemente.⁶ Como este espacio se extendió, gracias a que lo perceptible por el científico social contempló otros aspectos, en los dos últimos decenios se han estudiado en México temas muy novedosos que con anterioridad los historiadores jamás se habían imaginado. O sea, se ha presenciado una sorprendente expansión del campo de los estudios históricos que, sin lugar a dudas, constituye uno de los grandes avances que ha logrado nuestra disciplina. Comenzaron a aparecer obras dedicadas a analizar la sexualidad, la religiosidad, el trabajo, la familia, la mortalidad, la locura, la alimentación, el matrimonio, los libros y la lectura, etc., temas que aproximaron a la historia con otras disciplinas como la psicología, la biología y la antropología, por ejemplo. Incluso, hoy podemos observar que la frontera entre la literatura y la historia prácticamente ha desaparecido.

Hasta muy entrada la segunda mitad del siglo XX, la nueva historia empezó a tener seguidores en México, preferencia que fue compartida en un principio con el historicismo y el materialismo histórico. La orientación que le dieron los representantes de la Escuela de los Annales a la historia hacia lo social, pero fundamentalmente hacia lo cultural y lo antropológico, am-

plió tanto el campo de estudio de los historiadores, que los nuevos temas que empezaron a estudiarse sorprendieron a propios y extraños. Junto con la ampliación del territorio de la historia, el relato histórico dejó de ser un mero registro, y se dio prioridad al análisis crítico de los procesos humanos. Este examen cuidadoso, la selección de los hechos y la aplicación de métodos novedosos, trajo por resultado que en sus trabajos el historiador impugnara y denunciara concepciones basadas en mitos, en individuos providenciales y en nacionalismos extremos.

Además, con la difusión de la nueva historia, que privilegia el estudio de las mentalidades, se pasó de un enfoque preocupado en remarcar las diferencias sociales, a uno que se interesaba más por las particularidades regionales, lo que favoreció el acercamiento de esta disciplina con la geografía. Esta feliz circunstancia propició la aparición de estudios sobre el paisaje y el clima,⁷ por un lado, y los que identificaban y caracterizaban a una región, por el otro. En México, a partir de los años setenta, la historia regional cobró un impulso que no se ha detenido. Desde entonces, la producción historiográfica que se genera en cada uno de los estados que conforman la República mexicana es verdaderamente sorprendente. Hoy, cada entidad federativa dispone de estudios muy serios sobre la economía regional, las clases sociales, la educación, la Iglesia, pero, sobre todo, de historias estatales que dan cuenta detallada de los procesos históricos.

Más recientemente, en las dos últimas décadas del siglo que agoniza, la historia cultural impulsada por los franceses René Rémond y Georges Duby, ha captado la atención de muchos investigadores que ahora estudian las creaciones y las reflexiones del hombre en el pasado, a tal punto que no son pocos quienes la presentan como el mejor de los paradigmas para aproximarse a los tiempos anteriores.

Otra situación por la que está atravesando la historia es su parcelación. Hoy hablamos de historia económica, social, cultural, agraria, política, militar,

7. Por ejemplo "Los aspectos geográficos en la colonización del Nuevo Mundo", de Silvio Zavala, publicado en la *Revista Geográfica del Instituto Panamericano de Geografía e Historia*, t. XXIX, julio-diciembre, 1961; y Alejandra Moreno Toscano, *Geografía económica de México*. México: El Colegio de México, 1968.

8. *En torno a la filosofía mexicana*. México: Alianza Editorial Mexicana, 1980, pp. 21-22.

9. *Historia particular del Estado de Jalisco*.

institucional, educativa, de las mentalidades, etc., lo que ha conllevado a la especialización del historiador. ¿Cómo debe interpretarse esta fragmentación? ¿Indica un progreso o un retroceso? ¿Impide o restringe la comprensión de lo social? Si hemos admitido que el desarrollo humano es un proceso articulado, y que la dimensión social engloba todo, ¿por qué entonces insistir en separar las partes? Este es un tópico muy cuestionable, pues hay quienes lo justifiquen y quienes no estén de acuerdo. José Gaos, por ejemplo, tras de admitir que sólo existe “la historia humana en su totalidad”, explica que la división del trabajo y la diversidad hacen forzosas y posibles las historias especiales, las que aportan su parte correspondiente para integrar la historia humana.⁸

En el plano regional, la historiografía ha recorrido este mismo camino. Desde principios del siglo XX, el positivismo fue, sin lugar a dudas, el marco interpretativo que utilizaron los historiadores locales si tomamos en cuenta que fue el apego irrestricto a los hechos comprobados una de las características principales de las obras históricas. La otra nota que los distingue es la narración elocuente de los sucesos notables, acompañados de un discurso vigoroso, más que de un análisis y de una interpretación de los problemas. La centuria se inició con la aparición de la primera historia de Jalisco,⁹ preparada por Luis Pérez Verdía en tres volúmenes, la cual se publicó en 1910, época en que la escritura de la historia ya estaba circunscrita a los cánones marcados por el positivismo. Se trata de una obra en la que el autor relata los acontecimientos políticos y militares más sobresalientes de una manera lineal y conforme a un orden estrictamente cronológico, haciendo un esfuerzo por dar una explicación objetiva. En la trama de los acontecimientos, como era la moda entonces, los grandes personajes, elevados a la categoría de héroes, son los actores principales, y los sucesos locales aparecen enmarcados dentro del contexto nacional.

En dicha obra no se observa ningún intento por establecer una relación sistemática entre los diversos as-

pectos del pasado con el propósito de entender la política a partir de los fenómenos sociales y económicos. Pero esto se entiende si tomamos en cuenta que en ese entonces, cuando se pensaba que la historia la hacían los grandes hombres, la clasificación de los datos o de los hechos iba de acuerdo con esa idea. Hoy nos puede parecer muy estrecho ese criterio de selección, pero no debe olvidarse que cada generación de historiadores tiene y aplica sus propios parámetros.

En la obra de Pérez Verdía se perciben escasas referencias a las fuentes documentales. El autor más bien introdujo párrafos que en lugar de respaldar o apoyar su discurso, lo interrumpen. ¿Se trata de un descuido? La omisión de citas no constituye un problema de investigación, sino de estilo. En este sentido, Pérez Verdía, como tantos otros de su generación, siguió el modelo de los grandes historiadores del Renacimiento, es decir, el de la tradición clásica. Desde principios del siglo, y hasta muy entrada la segunda mitad, los historiadores locales mostraron, además, un rechazo hacia otros modelos interpretativos que pudieran poner en riesgo la objetividad.

Al lado de Luis Pérez Verdía, a quien debemos reconocer el mérito de haber abierto el panorama historiográfico del siglo XX, figuran otros autores prolíficos como Alberto Santoscoy, pionero de la historia social y económica en Jalisco. Santoscoy abordó temas relacionados con la religiosidad, el comercio, las élites y las costumbres de la sociedad local, los cuales han servido de base a las investigaciones recientes.¹⁰ Ambos historiadores fueron los guías de una generación numerosa de estudiosos del pasado integrada por Arturo Chávez Hayhoe, Luis Páez Brotchie, Manuel Cambre, Leopoldo I. Orendáin, Jesús Amaya, Ricardo Lancaster Jones, José Cornejo Franco y José Luis Razo Zaragoza, entre otros, quienes emplearon los mismos criterios. Los temas favoritos de la mayoría de ellos fueron la conquista del Nuevo Reino de Galicia y la fundación de Guadalajara, los cuales estuvieron basado en las obras de Antonio Tello y Matías de la Mota Padilla. De esta generación,

10. Todos sus trabajos han sido recopilados en Alberto Santoscoy, *Obras completas*. Guadalajara: UNED, 1984, 2 vols.

11. El primero es autor de *Cosas de viejos papeles*, el segundo de *Ameca. Protofundación mexicana*, y el tercero de *Haciendas de Jalisco y alrededores*. Otros trabajos monográficos de estos tres historiadores fueron publicados en la *Gaceta de Guadalajara*, entre 1949 y 1964.

12. *Op.cit.*, p. 15.

13. "La función social del historiador", *Vuelta*. México: Año XIX, núm. 218, enero de 1995, p. 15.

únicamente Orendáin, Amaya y Lancaster Jones incursionaron por senderos poco explorados hasta entonces, como los de la historia agraria, económica y social.¹¹

La primera mitad del siglo XX, época en que estos historiadores dieron a conocer sus estudios, fue también muy rica en producción historiográfica, pero pobre en propuestas teórico-metodológicas. De hecho, las teorías utilizadas en ese tiempo fueron un legado de la centuria pasada. Álvaro Matute destaca que en todo el mundo occidental, la historiografía del siglo XX recibió la herencia del anterior.¹² No nos queda la menor duda de que así fue, pero ello no indica que hubo un estancamiento. Como dice Enrique Florescano, el historiador es "un individuo acuciado por el deseo de superar herencias del pasado y de renovar su oficio a partir de los desafíos que le impone el presente."¹³ Los signos y las necesidades del tiempo, el de cada uno de los historiadores, imponen nuevas formas de rescatar o recuperar la memoria histórica, lo que permite una renovación en cada una de las explicaciones.

Un gran cambio empezó a registrarse en los estudios históricos regionales en la década de los setenta, impulsado por una primera generación de historiadores profesionales egresados de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara, cuya formación teórico-metodológica conllevó la incursión en otros terrenos hasta entonces inexplorados y la utilización de otras teorías que comenzaban a generalizarse dentro de la academia mexicana. La profesionalización del historiador y el hecho de que algunos comenzaran a hacer estudios de posgrado, favoreció, a su vez, la fundación de institutos dedicados a impulsar los estudios históricos, cuyos investigadores, al emplear otros métodos y ocuparse de temas hasta entonces ignorados, ampliaron el panorama de la historia regional y ayudaron a crear un ambiente académico que fue acercando a la interdisciplinariedad. La historiografía que empezó a producirse a partir de los años setenta indica el advenimiento de una época en que la historia empezó a pensarse, a leerse y a escribirse de manera distinta.

Uno de los primeros proyectos que se emprendieron y que se inscriben en el tránsito de la historia tradicional a la moderna, fue el de escribir una nueva historia de Jalisco, que dirigió José María Muriá desde el Centro Regional del INAH en el Occidente, fundado a fines de 1972. Al mismo tiempo, otro grupo de investigadores del Instituto de Estudios Sociales de la Universidad de Guadalajara iniciaba otras investigaciones de temas socioeconómicos que fueron enriqueciendo y ampliando el conocimiento que se tenía de la historia regional.¹⁴ José María Muriá, Mario Aldana, Manuel Rodríguez Lapuente, Carmen Castañeda, Alma Dorantes y Jorge Alarcón, pueden ser considerados los pioneros de una historia renovada.

La *Historia de Jalisco*, dirigida por Muriá, se apartó de la tradición historiográfica y constituyó, como es de suponerse, una novedad tanto por su enfoque historicista como por haber sido una empresa colectiva, es decir, en la que participaron historiadores especialistas en distintos campos de la historia. Esta obra, publicada entre 1980 y 1982, cubrió una necesidad y satisfizo los requerimientos de una época y de una generación. Otro proyecto digno de mencionar por su magnitud y su alcance es el que coordinó Mario Aldana. Se trata de *Jalisco desde la revolución*, un estudio que abarca de los tiempos revolucionarios a la década de los ochenta, escrito en 15 volúmenes. Las dos obras mencionadas, las que dirigieron Muriá y Aldana, aunque distintas, sobresalen por su envergadura.

Los años setenta bien podrían identificarse como el decenio en el que se fundaron los centros de investigación histórica en Guadalajara y en el que aparecieron los primeros estudios con un enfoque distinto al tradicional, algunos de ellos conforme a los lineamientos del materialismo histórico. A mediados del siguiente fue cuando empezaron a publicarse trabajos que indican la apertura del campo de estudio de los historiadores; aparecieron, por ejemplo, textos sobre las élites, la sexualidad, la familia, la cultura, el arte, la criminalidad, el bandolerismo, etc.¹⁵ En cuanto a estos temas que

14. Entre otras, Mario Aldana. *Desarrollo económico de Jalisco, 1821-1940*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara. 1978.

15. Por ejemplo: Jaime Olveda. *La oligarquía de Guadalajara*. México: CONACULTA, 1991. Carmen Castañeda. "Noviazgo, esponsales y matrimonio". *Comunidades domésticas en la sociedad mexicana*. México: INAH (Col Científica, 255). 1994; y *Violación, estupro y sexualidad*. Guadalajara: Editorial Hexágono, 1989.

actualmente están llamando la atención de historiadores y estudiantes. ¿hay que verlos también como un progreso de nuestra disciplina o es simplemente lo que interesa a la generación presente?

Aún el tema favorito de la historia tradicional, el de la política, ha sido replanteado. La preocupación de hoy consiste en explicar, desde este punto de vista, el tránsito de la sociedad tradicional a la modernidad, así como el desplazamiento de las antiguas formas de pensar por las modernas, o sea, analizar las implicaciones políticas que surgieron cuando se pasó de la condición de súbditos a ciudadanos. Tradición y modernidad son dos conceptos que están siendo examinados por los historiadores, los cuales se discuten ampliamente en las reuniones académicas. La nueva historia sostiene que esta transición puede comprenderse mejor si se relaciona lo político con lo económico, lo social, lo cultural y con las mentalidades.

La influencia de la escuela francesa no sólo se percibió en la producción historiográfica, sino en la modificación del plan de estudios del Departamento de Historia de la Universidad de Guadalajara y en la aparición de tesis profesionales que se apartaban de los temas tradicionales para ocuparse de problemas relacionados con la historia de las mentalidades o de la cultura.

En términos generales, la historia regional ha experimentado un auge sorprendente en los últimos 25 años. Hoy puede afirmarse que no hay entidad federativa que no cuente con una historia general y una amplia bibliografía sobre temas monográficos. Esta producción, puesta al alcance de la sociedad, no sólo ha permitido enriquecer el conocimiento que se tenía del pasado, sino que ha proporcionado los elementos necesarios para reforzar la identidad y defender los intereses regionales. Los reclamos de descentralización y desconcentración, y los que exigen una nueva relación entre los estados que integran la República mexicana y el gobierno federal, son resultado de la expansión que ha tenido la historia regional.

Además, la gran difusión que alcanzó la historia regional puso de relieve la existencia de una historia plural que la clase política trató de diluir para imponer una idea única del pasado mexicano. Hoy se admite que existen muchas y diversas memorias que fueron borradas en determinada época, respondiendo a intereses de grupos específicos. Desafortunadamente el rescate o la reconstrucción del pasado regional ha tenido algunas desviaciones: muchos historiadores la circunscribieron a los límites políticos-administrativos de cada estado, la exaltaron demasiado -como queriendo presentar la idea de un tiempo glorioso que desvaneció la historia nacional- y la enfrentaron a ésta. También se han hecho esfuerzos por encontrar una periodicidad propia de la historia local. Con ello no se pretende desincorporarla del contexto general sino, al contrario, mostrar que los procesos regionales tuvieron ritmos distintos.

Conclusiones

El camino recorrido por la historia en este siglo XX y los cambios que se han registrado, ¿significan un verdadero avance?, ¿dan lugar para afirmar que esta disciplina ha progresado? Indudablemente que sí, aunque surjan algunos cuestionamientos al respecto. Los pasos que la historia ha dado hacia adelante consisten en haber establecido una relación con otras disciplinas y en la ampliación del campo de estudio. Esta aproximación o reconciliación condujo a una nueva interpretación y escritura del pasado, a la interdisciplinariedad, y a un diálogo constructivo entre los científicos sociales. Hoy nadie duda de que se pueden obtener mejores resultados si se trabaja en forma conjunta que aisladamente. Eric Hobsbawm lo ha dicho muy bien cuando afirma: "No creo que la historia pueda llegar a alguna parte como disciplina seria mientras se aisle, con varios pretextos, de las otras disciplinas que investigan las transformaciones de la vida..."¹⁶ El acercamiento entre los mismos historiadores se ha visto favorecido por la tec-

16. *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica, 1998, p. 77.

nología. Los investigadores sociales, aprovechando la computadora y el *internet*, han construido redes nacionales que agrupan a los interesados en algún tema en particular, y han formado asociaciones que organizan congresos para discutir los avances del conocimiento histórico.

A pesar de las preguntas que aquí se plantean y de otras que el lector pueda formular, y que pueden cuestionar el progreso alcanzado por la historia, es evidente que esta disciplina llega fortalecida y enriquecida a finales del siglo XX. Hay algunos historiadores que incluso están convencidos de que en esta centuria, de todas las ciencias sociales, la historia fue la que más avanzó, la que hizo mejores aportaciones. En el umbral del nuevo siglo y del milenio, la historia ha reorganizado su material y logrado distanciarse de lo estrictamente narrativo, pero aún existen historiadores convencidos de que esta disciplina no puede o no debe ser abordada a partir de un molde o modelo que indique al historiador "lo que la historia debería ser".¹⁷

Tal aseveración sugiere que el positivismo dejó, cuando menos en México, una huella que no ha podido borrarse por completo. La historia narrativa, la que se apoya fundamentalmente en los acontecimientos, no ha desaparecido del todo, pese a las críticas de sus numerosos adversarios. La búsqueda de la mejor manera de organizar los hechos y de escribir la historia sigue siendo una preocupación sobre la que habrá que reflexionar en los tiempos venideros.

17. Corcuera de Mancera, *op.cit.*, p. 158.